

El Partido Socialista argentino y la cuestión nacional a partir de los usos del pasado independentista (1905-1942)

The Argentine Socialist Party and the National Question Based on the Uses of the Independence Past (1905-1942)

María Laura Amorebieta y Vera

CONICET/Universidad Nacional de La Plata, Argentina/
lauraamorebieta@gmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1417-3338>

Javier Guiamet

Universidad Nacional de La Plata, Argentina/
javierguamet@hotmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6182-5143>

Este trabajo tiene como objetivo profundizar en las formas en que la postura inicial de corte clasista e internacionalista del Partido Socialista argentino (PS) fue modificándose en relación con el contexto internacional, los distintos momentos partidarios y su relativa inserción e integración a la política y cultura nacionales. Para ello, se analiza el vínculo entre el PS y la tradición nacional a lo largo de las décadas de 1910, 1920 y 1930, prestando atención a los usos del pasado independentista efectuados por el Partido y los modos en que estos fueron transformándose a lo largo del tiempo.

PALABRAS CLAVE: Partido Socialista; Argentina; usos del pasado; nación; independencia.

This paper aims to examine in-depth how the initial class-based and internationalist stance of the Argentine Socialist Party (PS) was modified concerning the international context, the different party moments and its relative insertion and integration into national politics and culture. To this end, the link between the PS and the national question throughout the 1910s, 1920s and 1930s is analyzed, paying attention to the Party's uses of the independence past and how these were transformed over time.

KEYWORDS: Socialist Party; Argentine; Uses of the past; Nation; Independence.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO/CITATION: Amorebieta y Vera, María Laura y Guiamet, Javier, «El Partido Socialista argentino y la cuestión nacional a partir de los usos del pasado independentista (1905-1942)», *Anuario de Estudios Americanos*, 79, 2, Sevilla, 2022, 705-734. <https://doi.org/10.3989/aeamer.2022.2.11>.

Introducción

En el último cuarto del siglo XIX, la cuestión nacional se constituyó en una de las principales problemáticas a ser resueltas por los distintos socialismos que se diseminaron a nivel mundial. En Argentina, este asunto adquirió rasgos particulares en un contexto signado por la inmigración masiva y la plena emergencia de las iniciativas estatales por construir el «ser nacional». A su vez, la propia mirada que los socialistas argentinos tenían sobre la sociedad en la que buscaban intervenir complejizaba esta problemática dado que, a sus ojos, resultaba muy difícil encontrar elementos en el presente y el pasado nacional dignos de reivindicarse desde los elevados estándares que sostenían para sus prácticas políticas y culturales.

Sin embargo, numerosos estudios han coincidido en señalar cómo el internacionalismo proletario que caracterizó al Partido Socialista (PS) en sus años formativos dio paso, hacia la década de 1910, a intentos de asimilación de la tradición nacional menos reactivos. En efecto, el centenario de la Revolución de Mayo pareció servir de puntapié para que el PS comenzara a articular una versión del patriotismo más tolerable desde las prédicas partidarias, aunque todavía en franca contraposición con lo que se criticaba como la «religión patriótica» que sostenían diferentes actores englobados en la denominada «política criolla».¹

Por lo tanto, este trabajo tiene como objetivo profundizar en las formas en que aquella postura inicial de corte clasista e internacionalista fue modificándose en estrecha relación con el contexto internacional, los distintos momentos partidarios y su relativa inserción e integración a la política y cultura nacionales. Para ello, proponemos continuar el análisis del vínculo entre el PS y la tradición nacional hacia las décadas de 1920 y 1930 donde la apuesta por crecer dentro de la política formal resultó más ambiciosa y propició una marcada flexibilización de sus pautas culturales y de su vínculo con los rasgos dominantes de la cultura argentina.²

Puntualmente, se analizarán los usos del pasado independentista efectuados por el Partido y los modos en que estos fueron transformándose a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, bajo la hipótesis de que

1 Véanse Becerra, 2005; Merbilhaá, 2013; Reyes, 2018. Cabe apuntar que, para los socialistas, tanto los radicales como los conservadores representaban una forma premoderna de hacer política caracterizada como «política criolla», un comportamiento político definido por la importancia de los caudillos, las formas clientelares y diversas prácticas que favorecían el «embrutecimiento de las clases populares».

2 Véanse Barrancos, 1991; Guiamet, 2017.

su creciente participación en la política nacional fue acompañada de una cada vez más abierta y entusiasta apropiación, evocación y disputa por el pasado revolucionario. Si la acción civilizadora que se había propuesto el Partido involucraba también la tarea de generar sentidos históricos, esto lo enfrentaría inevitablemente a la llamada historia patria, la cual —revisada y reapropiada— se convertiría a la larga en un insumo fundamental de su discurso y práctica políticas.

Ahora bien, frente a aquellos estudios que han destacado la naturaleza estratégica, doctrinaria o vulgar de las formas en que el Partido representó la gesta revolucionaria, este escrito insiste en la necesidad de concebir «a aquellas como un complejo entramado de acciones creativas —de carácter sensible e instrumental, estético y político— que suponen un doble movimiento de encubrimientos y descubrimientos, no necesariamente cerrado, fijo y/o coherente»,³ sobre los cuales es preciso detenerse a fin de demostrar que, además de haber constituido una arista de su estrategia política, los socialistas se hallaron genuinamente interpelados y persuadidos por ciertos elementos de la tradición nacional y, en particular, de la historia patria.

Para ello, se apelará a un cruce entre la historia política y cultural basado especialmente en el análisis de la cobertura que realizaba *La Vanguardia* —principal órgano periodístico del PS— de las efemérides vinculadas a la gesta independentista.⁴ Aunque se recuperarán a lo largo del escrito

3 Amorebieta y Vera, 2019, 18.

4 Es preciso advertir que en Argentina se celebra el 25 de mayo en conmemoración de la Revolución de Mayo de 1810 cuando se estableció una junta de gobierno en nombre de Fernando VII que retiró su apoyo al virrey Cisneros y desconoció al Consejo de Regencia. Esta situación fue la que condujo a las autoridades coloniales a declarar a Buenos Aires como territorio «insurgente», sentándose las condiciones para el inicio de una guerra revolucionaria que duró una década, en medio de la cual tuvo lugar la proclamación de la independencia de las Provincias Unidas del Río de La Plata (9 de julio de 1816). Muy tempranamente, el 25 de mayo se convertiría en el máximo festejo colectivo de Buenos Aires. Así pues, las primeras «Fiestas Mayas» desplegadas a partir de 1811 se constituyeron en verdaderos espacios de participación popular, comunicación y negociación política, al tiempo que tuvieron un rol destacado en la creación de una nueva liturgia revolucionaria que combinaba las tradiciones ibéricas y locales. Estas tendencias se mantendrían estables hasta principios de 1880, esto es, cuando se puso en marcha el proceso de consolidación y afirmación de un Estado nacional cada vez más preocupado por disciplinar, integrar y nacionalizar una sociedad de orígenes étnicos diversos. En ese contexto, las fiestas patrias perderían la espontaneidad y participación popular de antaño, adquiriendo tonos más solemnes y otorgando un fuerte protagonismo a las Fuerzas Armadas y los alumnos de las escuelas públicas. Esta suerte de “nacionalismo de Estado” tendría su punto culminante durante las conmemoraciones de los centenarios, las cuales devinieron celebraciones modernistas que, reconciliadas con la herencia española e inspiradas en las ideas de progreso tecnológico y científico que impregnaban a todo Occidente, estuvieron dirigidas a proyectar una imagen de prosperidad, poder y optimismo hacia el mundo. Fue recién con el triunfo del radicalismo en 1916 cuando las fiestas patrias volvieron a constituirse cada vez más en festejos populares. Ahora bien, hacia finales de la década de los años veinte en un clima de

otras publicaciones partidarias de índole teórico-doctrinario, la mayor atención otorgada a dicho diario se justifica en el hecho de que este asumió una dinámica informativa cotidiana permeable a las múltiples variables que intervenían en la vida socialista y susceptible de mostrar los matices que tensionaban el ideal de su práctica cultural.

Del internacionalismo obrero a la proclamación de una narrativa socialista y nacional

Fundada en 1889, la Segunda Internacional albergó desde sus inicios la esperanza de que la solidaridad de clase se impusiera frente a otras identidades que buscaban interpelar a los trabajadores. Sin embargo, esta intención inicial se encontró con una serie de obstáculos y dificultades que preanunciaron los motivos por los que finalmente se disolvió la organización.

Mucho antes de que las lealtades nacionales se mostraran más firmes que las de clase ante la irrupción de la Primera Guerra Mundial, la hegemonía de la orientación reformista y gradualista había obligado a repensar el vínculo con las instituciones de los Estados nacionales. Al mismo tiempo, problemáticas relacionadas con los trabajadores inmigrantes y el detalle no menor de que los congresos se fueron organizando cada vez más a partir de delegaciones por país pusieron de relieve la gran dificultad por resolver las tensiones que suscitaba la cuestión nacional.⁵

Respecto al caso argentino, esta se mantuvo entre las principales preocupaciones que signaron la original síntesis que realizaba Juan B. Justo de distintas influencias teóricas y su pertinencia al contexto local. Si bien Justo partía de una mirada evolucionista donde «el desarrollo técnico, la expansión capitalista y la organización de los trabajadores más allá de las fronteras [...] tendería [...] a un universalismo superador de las naciones»,⁶ lo cierto es que la opción reformista y electoralista que adoptó tempranamente el PS obligó a asumir la nacionalización de los trabajadores como un interés propio.

creciente conflictividad social, los símbolos y festejos patrios destinados a concretar la unidad nacional terminarían siendo objeto de fisuras de la misma. Al respecto, véanse Bertoni, 2001; Halperin Donghi, 2005; Devoto, 2005; Sigal, 2006; Reyes, 2019.

5 Sobre el internacionalismo obrero como sustento de la identidad partidaria original del socialismo y las tensiones con el nacionalismo, véanse Geli, 2005; Callahan, 2000; 2010; Piemonte, 2015; Poy, 2021.

6 Da Orden, 1994, 57.

A tal efecto, aunque con connotaciones particulares, la aspiración a nacionalizar a los trabajadores para representarlos a través de las instituciones parlamentarias, en conjunto con el objetivo más general de actuar como una «escuela de cultura y civismo»,⁷ mostraba al socialismo argentino en sintonía con las principales disyuntivas de la época.

De hecho, la cuestión nacional se había constituido en la Argentina de entresiglos en un objeto de especial interés y preocupación entre diversos actores de la cultura y la política. Fue en ese contexto que la pretensión por afirmar el orden de la joven nación, así como por impulsar su progreso se conjugó, durante aquel momento histórico, con una firme voluntad por «nacionalizar» y/o «civilizar» a las masas, siendo la historia, la educación y la literatura tres herramientas decisivas para alcanzar aquellos objetivos.⁸

Si bien la tarea civilizadora constituyó una de las prioridades del socialismo argentino, la liturgia patriótica no sería parte del repertorio de herramientas a las cuales apelarían para llevar a cabo aquella labor al menos en lo que a sus años formativos respecta. En efecto, como ha sido señalado por Sofía Seras en su análisis sobre el culto a los muertos por parte del PS durante su primera década de vida partidaria, las figuras reivindicadas por el mismo estaban ligadas al movimiento socialista internacional y una cultura humanista, quedando todavía a un lado aquellos hechos, objetos y personajes ligados al pasado nacional.⁹

En esta línea, no llama la atención que *La Vanguardia* afirmara el 20 de mayo de 1905 que la bandera nacional representaba «el triunfo de la fuerza brutal, opuesta a todo derecho proletario [...], la barbarie entronizada, el crimen glorificado e impune».¹⁰ Por este motivo, ante las celebraciones del aniversario del 25 de mayo el periódico replicaría las palabras de Justo, quien al respecto sostenía: «... y sobrevino la Revolución, con propósitos netos [...], no se trataba de realizar sueños de libertad ni de democracia, si no de obtener la autonomía económica del país».¹¹

De este modo, el rechazo a las manifestaciones patrióticas —en este caso, encarnado en la bandera— junto a la intención de reducir la gesta de mayo a un acontecimiento específicamente económico fueron dos rasgos

7 Camarero y Herrera, 2005, 13.

8 Shumway, 1993. Aricó, 1999. Palti, 2000. Bertoni, 2001. Cattaruzza, 2007. Degiovanni, 2007. Bisso, 2014. Montaldo, 2016.

9 Seras, 2015.

10 *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1905.

11 *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1905.

importantes de la forma en que los socialistas se vincularon con las efemérides independentistas en los años siguientes.

Derivado de este diagnóstico economicista, se desprendía también una crítica de orden clasista donde la revolución solo habría beneficiado a la burguesía argentina. Así pues, *La Vanguardia* advertía: «Bueno es recordar a la burguesía argentina, que como ella llegó a emanciparse de la tiranía de la Metrópoli, la clase trabajadora organizada sabrá libertarse a su vez del yugo económico y político en que se la tiene sumisa». ¹² Semejante premonición se justificaba en el hecho de que:

La independencia existe solo para una clase que adueñada de todas las fuentes de la riqueza y de los resortes del poder político, no tiene otro objeto que conservar las posiciones alcanzadas haciendo gravitar sobre los hombros proletarios el peso inmenso de todos los deberes sociales, y reservando para sí el gozo de todas las ventajas que emanan del privilegio. ¹³

Por lo tanto, la gesta emancipadora, que según el socialismo se había motivado tan solo por la búsqueda del libre comercio —elemento por el que, cabe recordar, el PS abogaba fuertemente—, se veía denostada, no obstante, por haber contribuido al enriquecimiento de una burguesía considerada «inepta y rapaz». ¹⁴

En efecto, durante los años siguientes, las fechas patrias servirían para seguir insistiendo sobre estos conceptos. Hacia 1906, en ocasión del aniversario de la Revolución de Mayo, el PS aprovechaba la oportunidad para realizar una encendida defensa del internacionalismo por sobre el nacionalismo. Es así que, si bien «el mundo oficial ha festejado el día de ayer con el aparato bélico-religioso de costumbre», las celebraciones no habían despertado entusiasmo en el seno de la clase trabajadora ya que:

El proletariado consciente tiene aspiraciones e ideales más grandes que los que da el sentimiento patriótico como se le entiende vulgarmente. No lo entusiasman ya sino los hechos y los aniversarios de repercusión universal, que significan un avance de sus filas en la lucha de clases, un paso dado en el sentido de su emancipación. ¹⁵

Con todo, es preciso señalar que la prédica internacionalista ya no se encontraba completamente escindida de los símbolos patrios. En una

¹² *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1905.

¹³ *La Vanguardia*, 9 de julio de 1905.

¹⁴ Camarero y Herrera, 2005, 13.

¹⁵ *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1906.

columna irónicamente titulada «VIVA LA PATRIA!!!...», *La Vanguardia* recreaba un variopinto coro de personajes que exclamaba la proclama en cuestión, haciendo aparecer posteriormente en escena a San Martín y Belgrano quienes:

Al oír el murmullo, se asoman por una ventana que a San Pedro se le olvidó cerrar, y al enterarse de lo que ocurre gritan a coro:

“Ignorantes! El tiempo de gritar ¡viva la patria! ya ha pasado. Eso es lo que hicimos nosotros cuando éramos jóvenes... y ya han visto el resultado. Hombres fusilados, maestros y niños hambrientos y militares asesinos! Dejad la patria y ocupaos de la Humanidad!”.¹⁶

En una compleja síntesis realizada a través de una ficcionalización, dos de las figuras más populares del imaginario patriótico como Belgrano y San Martín eran pues recuperadas y utilizadas para defender una postura humanista coherente con los principios socialistas, lo cual comenzaba a vislumbrar un incipiente interés por apropiarse y disputar algunos símbolos de la historia nacional.

No obstante, es preciso señalar que la retórica internacionalista y el rechazo a la liturgia patriótica continuarían caracterizando mayormente la aproximación de los socialistas al pasado nacional, así como a las conmemoraciones oficiales. De hecho, resultaba frecuente encontrar en las columnas del periódico partidario en épocas de celebraciones nacionales frases como «la patria de los ricos»,¹⁷ «mascarada patriótica» y «patria capitalista»¹⁸ o «hipocresía burguesa».¹⁹

En este sentido, pese a que los intentos por asimilar la tradición nacional dentro de la doctrina partidaria se profundizarían hacia los años del centenario de la Revolución de Mayo, los socialistas seguirían encontrando en las «efusiones patrióticas» y en el «fanatismo por los símbolos» un límite claro que oponía su identidad a la de los nacionalistas argentinos.²⁰ Sin embargo, en un contexto marcado por la centralidad de los discursos tendentes a consolidar la nación, las discusiones y tensiones partidarias al respecto alcanzarían ciertos consensos en torno a la necesidad de concebir a la misma como escenario de las políticas socialistas dirigidas a «elevar a la

16 *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1906.

17 *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1908.

18 *La Vanguardia*, 28 de mayo de 1908.

19 *La Vanguardia*, 10 de julio de 1908.

20 Reyes, 2018, 22.

población» y transformar la política y cultura, englobándose esas acciones dentro de lo que Justo denominaba un «nacionalismo sano».²¹

Esta suerte de acuerdo en torno a la necesidad de pensar a la nación dentro de los proyectos socialistas no redundó, empero, en la construcción de una posición monolítica ni pondría fin a las tensiones al respecto.²² En esta línea, las interpretaciones sobre el pasado independentista continuaron oscilando entre posturas tendentes a reducir el acontecimiento a su dimensión económica, incipientes apropiaciones de algunos de sus símbolos o, inclusive, el reconocimiento de su carácter fundante de la nacionalidad. El único aspecto que permanecería inalterable, al menos durante estos años, sería la crítica ácida e irónica a los discursos y prácticas conmemorativas de los políticos rivales, cuya hipocresía era permanentemente contrapuesta a la solemnidad con que debían recordarse las fechas patrias.

El modo en que *La Vanguardia* cubrió la conmemoración oficial de la independencia de 1912 llevada a cabo por primera vez en Tucumán resulta especialmente ilustrativo de las discordancias inherentes a su postura:

El señor Sáenz Peña ha aprovechado el “día de la patria” para ostentar la importancia de su persona en la ciudad que fué, según el viejo cliché, cuna de la libertad. Precisamente en esa fecha que para los patriotas debería ser sagrada, se pone la apoteosis del presidente de la república en el mismo plano que el magno hecho histórico de la constitución de la nacionalidad [...] A un siglo de distancia de la declaración de la libertad y la emancipación, la oligarquía gobernante sólo es capaz de ofrecernos el cuadro de su abyección y su incapacidad, con la apoteosis del presidente y con las leyes antisociales.²³

Al día siguiente, las críticas a Roque Sáenz Peña y las condenas a las apelaciones patrióticas se profundizarían al recoger una nota publicada en el diario *La Prensa*. Allí, ante el elogio que realizara el matutino con motivo de la primera visita presidencial a Tucumán por el aniversario de la declaración de la Independencia, el periódico socialista afirmaba: «Sabemos ya á qué atenernos respecto á los móviles recónditos y banales del doctor Sáenz Peña al emprender la excursión á la Meca del patriotismo de almanaque».²⁴ La columna, titulada «Patria y Ruleta», denunciaba la periódica asistencia

21 Al respecto, véase Cattaruzza, 2007, 38-39. Sobre este intento de conciliar la prédica nacional con la del Partido, dio cuenta la publicación doctrinaria *Humanidad Nueva* al metaforizar: «patria y humanidad están en relación entre ellas como dos círculos concéntricos de los cuales uno encierra necesariamente al otro». Chiabra, Juan, *Humanidad Nueva*, 3, Buenos Aires, diciembre de 1910.

22 En relación a esto, véase: Merbilhaá, 2013.

23 *La Vanguardia*, 10 de julio de 1912.

24 *La Vanguardia*, 11 de julio de 1912.

de la comitiva presidencial al juego de la ruleta en medio de los festejos patrios, confirmando que: «La gente distinguida, los patriotas de la clase rica, han demostrado la puerilidad y la falacia de las declamaciones patrioterías que parecen más ardientes».²⁵

De esta manera, convivían sin ambages referencias dirigidas a denotar y realzar la efeméride en cuestión, llegando incluso a reconocer la naturaleza «magna» de la gesta ocurrida un siglo atrás y su carácter fundante de la nacionalidad, a la vez que la mención al día de la patria era mordazmente entrecomillada y se censuraban las «declamaciones patrioterías». Lo que esto revelaba, en definitiva, es que el acercamiento del socialismo a las narrativas y símbolos ligados a la gesta independentista en la primera década y media de su historia partidaria estuvo caracterizado precisamente por esa ambivalencia.

Por consiguiente, el aspecto de mayor regularidad puede encontrarse en la impugnación a las prácticas y los discursos conmemorativos oficiales por representar y reproducir, a sus ojos, las lógicas de la «política criolla»; rechazo que, de todos modos, no significó la total exclusión de las narrativas y los símbolos patrios en tanto estos constituían un dispositivo fundamental a la hora de interpelar a la población, delimitar su identidad política y comenzar a disputar la hegemonía cultural.

Ahora bien, si las conmemoraciones del centenario de Mayo propiciaron un mayor acercamiento de las prédicas socialistas a la tradición nacional, las transformaciones políticas de los años siguientes tendrán un impacto aun más profundo en los modos en que los socialistas se vincularían con dicha temática. Así pues, la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912 impulsó una serie de novedosos cambios en los vínculos con la política formal no solo del socialismo, sino del conjunto de las fuerzas que actuaban en el plano local. Al respecto, es necesario advertir que:

La ley no fue tanto el producto directo de las demandas populares, como la anticipación de un sector de la elite gobernante. 1912 no sancionó legalmente una realidad político-social que le era previa, sino que abrió una etapa transicional; destruyó elementos del anterior sistema político, pero lo nuevo debería formarse.²⁶

En este sentido, aunque sus consecuencias no fueran inmediatas, con el paso del tiempo el socialismo experimentaría significativas transformaciones en diversas esferas de su accionar partidario. En primera instancia,

²⁵ *Idem.*

²⁶ Garguín, 1999, 178.

estaba la cuestión de los resultados electorales: en 1913, para sorpresa de propios y extraños, el PS se imponía en las elecciones porteñas, adjudicándose dos diputados en lo que resultó el primero de varios resultados favorables en elecciones legislativas.

Como efecto directo, el socialismo obtuvo una representación parlamentaria que en los años siguientes —aunque con ciertas oscilaciones— seguiría aumentando dando como resultado un nutrido grupo de legisladores socialistas. A su vez, esto impactó sobre la estructura financiera del PS, la cual contaría a partir de ese momento con los recursos de los sueldos legislativos. Por último y como resultado de todo este proceso, las expectativas de crecer dentro de la política nacional llevarían al mismo a revisar algunos rasgos de su identidad partidaria.

En relación con esto, Martínez Mazzola señala justamente de qué manera estas alteraciones en la identidad y la estrategia partidarias promovidas por la conducción del Partido generarían algunas tensiones al interior del mismo, dado que «el ingreso a la política de masas acentuaba la diferenciación entre votantes y militantes socialistas» lo cual suscitaría tensiones motivadas por «la búsqueda de *aggiornar* al partido para obtener nuevos éxitos electorales, que haría surgir la resistencia de núcleos de militantes que sostenían posturas más “obreras”, “revolucionarias”, e “internacionalistas”». ²⁷

Con todo, los años posteriores a 1912 encontraron al socialismo argentino redoblando el ímpetu por consolidar su carácter de partido nacional. Como consecuencia de ello, los socialistas comenzarían «a interpelar menos al proletariado y más a un “pueblo” de carácter más indefinido». ²⁸

Muchos de los esfuerzos discursivos realizados a este fin tendrían lugar en el ámbito parlamentario cuya importancia como tribuna para la palabra socialista no haría más que aumentar en lo sucesivo. Es así que, en julio de 1914, el diputado Antonio Zaccagnini aprovechaba la presentación de un proyecto relativo al trabajo de los ferroviarios para afirmar que en el Parlamento:

No somos ni podemos ser jamás elementos exóticos. Hace muchos años que hemos confundido nuestros anhelos con los del pueblo de que formamos parte. Hace muchos años que sentimos el eco, no diré de sus dolores, pero de sus necesidades; hace muchos años, señor presidente, que nos hemos identificado con este país, donde pretendemos representar intereses legítimos. ²⁹

²⁷ Martínez Mazzola, 2015, 62.

²⁸ *Ibidem*, 64.

²⁹ *La Vanguardia*, 9 de julio de 1916.

Esta identificación del PS con la nación y el pueblo argentinos tendría como correlato una aceptación y reivindicación cada vez más enérgica y decidida de ciertos símbolos y sucesos fundamentales de la historia patria, los cuales —lejos de suponerles una contradicción— vendrían a completar su identidad política. De hecho, Enrique Dickmann sostenía en un discurso pronunciado el 1.º de mayo de 1914:

No hay ningún antagonismo entre la bandera azul y blanca, símbolo de la soberanía política de la nación, y la bandera roja, símbolo de las reivindicaciones humanas del proletariado universal [...]

No existe ninguna oposición entre las estrofas inmortales del himno nacional que simbolizan y resumen la gran epopeya de la independencia argentina, y las estrofas gloriosas del himno del trabajo [...]

Lo nacional y lo internacional del socialismo se completan y se integran. Son el anverso y el reverso de la misma gran medalla: la democracia y el pueblo que avanzan y triunfan.³⁰

Por su parte, el 28 de julio de 1915 Justo proclamaba ante el congreso lo siguiente:

Pretendemos [...] ser los más firmes sostenedores de la independencia nacional [...] Ahora, señores diputados, en las manifestaciones externas, simbólicas, del patriotismo, también estamos muy contentos de las formas que asumen en la Argentina. Creemos que nuestros símbolos nacionales, las manos que se estrechan, el gorro frigio, las palabras “libertad” o “igualdad”, los acordes del himno, los colores azul y blanco, son de los símbolos más simpáticos que en ese orden existen en el mundo. Los aceptamos y hasta los amamos [...]

El socialismo no puede renegar de la revolución de Mayo y del movimiento emancipador, porque sería renegar de la sociedad política donde está militando y procura realizar todas aquellas medidas pacíficas y legales que tienden a la emancipación política, completa, del pueblo trabajador.³¹

De modo que las palabras pronunciadas por el líder del PS no solo suponían un entusiasmado elogio a la simbología patria, sino especialmente un reconocimiento al hecho de que su búsqueda por intervenir e interpelar a la sociedad argentina no podía desprestigiar ni prescindir de las formas dominantes y populares de representar el pasado de la misma.

30 *Idem.* Esta defensa de la pertinencia del socialismo al ámbito nacional se daba en un momento en que los éxitos electorales del PS habían alertado tanto a radicales como a conservadores sobre el riesgo de que el congreso se llenara de extranjeros. Martínez Mazzola, 2015.

31 *Idem.*

En 1916, esta búsqueda se profundizaría al vincular directamente el accionar parlamentario del bloque socialista con los ideales de la gesta que cumplía entonces cien años. Aunque muchos proyectos no diferían de la agenda legislativa habitual del Partido, desde *La Vanguardia* se buscó explícitamente construir esa asociación con el titular: «En el Centenario de la independencia argentina. En defensa de la salud del pueblo argentino»,³² para referirse a un proyecto presentado por el senador Enrique del Valle Iberlucea dirigido a reprimir el alcoholismo.

Al día siguiente, la estrategia se repetiría con un encabezado de página completa que rezaba: «En el Centenario de la independencia nacional. Lo que proponen los socialistas para hacer más fuerte y eficaz esa independencia»;³³ el cual aludía a un proyecto de Justo orientado a crear escuelas primarias en todo el territorio de la República Argentina.

A su vez, este contexto de creciente asociación entre los ideales socialistas e independentistas explica el auspicio del Partido a un acto enmarcado en los festejos del centenario donde se recrearía la batalla de Salta y tendrían lugar el reparto de útiles escolares entre los «niños indigentes que concurren a las escuelas elementales», así como una conferencia de cierre a cargo de la Dra. Alicia Moreau.³⁴

Durante aquellos días, los socialistas también apelaron a un relato que partía de los hechos de mayo de 1810 y julio de 1816 para efectuar un balance de la historia argentina que recuperaba los proyectos de modernización progresistas como el que habría liderado Bernardino Rivadavia; al tiempo que se intentaba comprender la importancia del caudillismo para las masas y el conflicto entre librecambio y proteccionismo que habría signado la organización nacional. De todas formas, lo destacable del artículo se encontraba en las referencias al presente:

Entramos desde hoy en un nuevo ciclo de la vida nacional independiente, empeñados en la tarea ardua [...] de la organización de la democracia argentina. Y la mejor ofrenda que podemos hacer a esa obra es nuestra propia organización de partido político, que ha planteado la solución de todas las grandes cuestiones colectivas, inspirado en un alto propósito de justicia y de bienestar general.

Nuestro partido, hecho a base de ideales y de valor civil, es una obra de sano y vigoroso nacionalismo, y al procurar, en su vasta labor de todos los días, la dignificación humana, vigoriza la patria y tiende a dar en el mundo a su bandera un significado ideológico y moral más alto.

³² *La Vanguardia*, 5 de julio de 1916.

³³ *La Vanguardia*, 6 de julio de 1916.

³⁴ *Idem*.

¡Seamos dignos de la independencia, continuándola en la obra política y social de hoy, sin miedo al privilegio, al prejuicio, al interés creado!³⁵

Es así que a la propuesta de construir un «sano y vigoroso nacionalismo» se añadía ahora la necesidad de continuar la independencia, presentándose a sí mismos como sus verdaderos herederos y «más firmes sostenedores» de la misma. Aunque a primera vista pueda parecer una sutileza, este cambio en la manera de vincularse con el pasado nacional se encontraba estrechamente ligado a la pretensión socialista de consagrarse como un partido político nacional al calor de los cambios promovidos por la Ley Sáenz Peña.³⁶

Si previamente el vínculo de los socialistas con la tradición nacional había estado caracterizado por una ambivalencia que no era imprescindible resolver, hacia mediados de la década de 1910 —en el marco de una sólida apuesta por crecer y disputar ciertos márgenes del poder político, esto es, por organizarse en tanto partido político nacional— se volvería patente la necesidad de construir y exhibir una versión del pasado de la nación viable y congruente no solo con sus valores partidarios, sino especialmente con aquella ciudadanía a la cual se buscaba interpelar; proceso que, al mismo tiempo, tendría profundos efectos en la identidad de un partido que comenzaba a encontrarse cada vez más atraído a ciertos acontecimientos, símbolos y representaciones patrias, así como dispuesto a competir por ellos.

«Al servicio de los mandatos de la generación emancipadora».
La consolidación del Partido Socialista
como una fuerza política nacional

Además de las transformaciones más inmediatas que impulsó la Ley Sáenz Peña en las prácticas políticas del socialismo, es posible identificar otras que, aunque más paulatinas e intangibles, se manifestarían en aspectos

³⁵ *La Vanguardia*, 9 de julio de 1916.

³⁶ En este contexto, salía publicada por la editorial partidaria una conferencia titulada originalmente «El socialismo y la Patria» que Adolfo Dickmann brindó por invitación de la «Juventud Socialista Internacional», ocasionando una importante controversia con los sectores «internacionalistas» del PS. Allí, en un intento programático por conciliar nación y socialismo y apelando a numerosas intervenciones previas de otros dirigentes, aquél concluía: «Porque somos internacionalistas en el sentido más amplio de la palabra, porque aspiramos a la autonomía del individuo dentro de la colectividad; del municipio dentro de la provincia; de esta dentro del estado, cuidemos de la autonomía de las naciones para constituir la federación armónica y libre de todos los pueblos de la tierra». Dickmann, 1916, 62.

claves de la identidad partidaria. Como ha sido advertido por Dora Barrancos, hacia finales de la década de 1910 tuvo lugar cierta moderación «de las características culturales normativo-edificantes que el socialismo había puesto de manifiesto en la sociedad local».³⁷ Esto se explica, según la autora, por el hecho de que a los procesos de urbanización y expansión de la economía que volvieron más heterogénea a la sociedad, se correspondió una dinámica propia del Partido el cual, a través de su descentralización, se propuso ampliar y modificar sus prácticas con el objetivo de convocar a los nuevos actores urbanos.

Este proceso de descentralización —que implicó profundizar la apuesta por multiplicar los centros partidarios, los ateneos y las bibliotecas— se vinculó ciertamente con el cambio electoral que impulsó la Ley Sáenz Peña, el cual ratificó la primacía que el socialismo otorgaba a la práctica parlamentaria por sobre la actividad gremial. Así pues, es posible afirmar que la flexibilización de los patrones culturales del Partido ocurrida hacia finales de la década de 1910 y principios de 1920 se enmarcó justamente en dichas transformaciones. Al respecto, Barrancos apuntaba:

A los rituales socialistas de los años '20 puede, quizás, aplicárseles las opiniones de Gramsci con relación a la iglesia, en el sentido de sostener los dos perfiles, aquel que evidencia una concepción destinada a la *intelligentzia* adepta, y otro destinado a entenderse mejor con el imaginario popular.³⁸

En este marco, se ubicaba entonces la creciente búsqueda del Partido por erigirse y mostrarse como la fuerza nacional más fiel a los intereses del país y su pueblo, lo cual lo conduciría, en tiempos de celebraciones patrias, a disputar cada vez más el papel de legítimos herederos y continuadores de la empresa independentista, así como a exhibir una preocupación sistemática por los actos conmemorativos oficiales y el lugar que los mismos otorgaban al pueblo.

De esta manera, el 25 de mayo de 1917 —año en el que el Partido sufriría la escisión de «los internacionalistas»—³⁹ *La Vanguardia* insistía en que «El mejor homenaje, el más inteligente y sincero, hemos creído

37 Barrancos, 1991, 89.

38 *Ibidem*, 92.

39 El recrudecimiento de la Primera Guerra Mundial desató un conflicto interno en el PS entre los sectores «pacifistas» o «internacionalistas» que abogaba por la no intervención y un importante sector de la dirigencia partidaria que pedía el cese de las relaciones diplomáticas con Alemania y Austria. El conflicto tuvo como corolario la ruptura de los «internacionalistas» que, al año siguiente, fundarían el Partido Comunista en Argentina. Véase Camarero y Herrera, 2005.

siempre que consistía en continuar la obra comenzada hace más de un siglo para consolidarla y extenderla». A su vez, el renovado ímpetu por apropiarse de la historia patria los llevó ese mismo año a proclamar: «Hijo legítimo del 4 de julio de los Estados Unidos, y del 14 de julio de la Francia, nuestro nueve de julio tiene por padres las dos más grandes tradiciones humanas para servir de piedra angular a la erección de naciones nuevas»,⁴⁰ delineando así una genealogía coherente con los postulados que los conducían a presentarse a sí mismos como agentes de la modernización argentina.

La asociación del 9 de julio con dos acontecimientos centrales para las nociones que tenían los socialistas sobre la marcha de las ideas modernas y civilizatorias se emparentaría con una novedad que surgiría en estos años respecto a la interpretación de la gesta independentista. En efecto, a partir de ahora empezaría a circular y consolidarse una concepción de la misma que, pese a continuar insistiendo en el fundamento económico del proceso inaugurado en mayo de 1810, haría mayor hincapié en su carácter emancipador y progresista en un sentido más general hasta llegar incluso, en años posteriores, a adjudicarle a la misma una naturaleza profundamente democrática.

En 1919, bajo el título «LA REVOLUCIÓN DE MAYO. Cómo la entendemos y la continuamos», el periódico partidario destacaba que:

Los inteligentes y audaces fautores de la revolución de Mayo realizaron ante todo una obra de liberación y de progreso económico. Al gobierno colonial, arbitrario y absorbente, ocupado sólo en detener el desarrollo general de estos países, lo sustituyeron con un gobierno propio, tan representativo como podía ser en aquellos tiempos, que debía empezar por romper las trabas que se oponían al libre comercio de las provincias del Río de La Plata con el resto del mundo.

Ellos echaron las bases de la nacionalidad, y nos dieron las primeras lecciones para ser libres [...]

Tanto como sea sincera la admiración por la obra de los grandes antepasados, debe ser viva y ardiente el ansia de continuarla, ensanchando el caudal de ideas que nos dejaron y realizando sus más altas aspiraciones [...]

[...] el Partido Socialista [...] realiza así una obra sana y eminentemente nacional, complementaria a la revolución de Mayo.⁴¹

Si bien para 1922 todavía declaraban que la Revolución de Mayo no había tenido como propósito «realizar sueños de libertad ni de democracia, sino de obtener la autonomía económica del país», esa postura no haría más que flexibilizarse. De hecho, ya en esa misma nota afirmaban que el

40 *La Vanguardia*, 9 de julio de 1917.

41 *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1919.

«progreso económico [...] bien comprendido» había dado lugar «a una lucha política, la lucha por la independencia».⁴²

Con todo, aquella advertencia sobre el hecho de que la revolución no se había visto motivada por un imaginario democrático dentro del creciente tono de «civismo patrio» que se advertía hacia 1919 se explicaba por el auge de sectores de derecha que habían radicalizado la prédica nacionalista.⁴³ En este sentido, lejos de ser lineal, el proceso de creciente apropiación de ciertos elementos del relato nacional por parte del socialismo experimentaría vaivenes —e inclusive retrocesos— cuando la coyuntura política mostrara al mismo que el «patrioterismo» podía constituir una herramienta legitimadora de prácticas políticas violentas. Sin embargo y como se verá en los años siguientes, esto no impediría al socialismo continuar recuperando y reivindicando los elementos del pasado independentista susceptibles de ser incluidos en su tradición partidaria.

Hacia 1927, en una conferencia titulada «Significado económico y social de la revolución de Mayo», el diputado Francisco Oddone señalaba que «fué la falta de salida de la riqueza natural quien trajo la emancipación, que no fué el deseo lírico de cambiar de gobierno». Ahora bien, al mencionar «la obra que les tocó realizar a los que debieron afrontar el gobierno del país» tras los hechos revolucionarios, subrayaba «la importancia de la asamblea del año XIII, que dió por tierra con la esclavitud [...] y adoptó una política firme y enérgica frente a las pretensiones de la iglesia», indicando, hacia el final de su exposición, que los socialistas eran «los continuadores de la obra progresista de estos hombres del pasado argentino».⁴⁴

De modo que, en sus explicaciones sobre el proceso emancipador, los socialistas comenzarían a pensar y encumbrar la libertad allí obtenida no solo en términos económicos, sino también cívicos y políticos. Aquel partido que en sus orígenes había esgrimido una mirada esencialmente economicista de los procesos históricos y de sí mismo, modificaba esa postura y clave explicativa en la medida que buscaba y priorizaba cada vez más exhibirse como una fuerza política nacional.

El creciente interés por articular y proyectar una interpretación propia sobre el pasado revolucionario en línea con aquella pretensión por consolidar su anclaje nacional condujo al PS a prestar más atención a los actos conmemorativos. Si antes eran desechados por constituir «declamaciones

⁴² *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1922.

⁴³ Véase Bisso, 2014, 218.

⁴⁴ *La Vanguardia*, 27 de mayo de 1927.

patrioterías», ahora —pese a mantenerse la crítica hacia los desfiles militares y el tedeum con que la «política criolla» celebraba las efemérides— crecía sobre todo la preocupación por el lugar otorgado al pueblo, así como por el tipo de narrativa y valor del espectáculo que se le ofrecía a la gente de a pie.

En línea con lo señalado al principio de este apartado, fueron los años finales de la década de 1910 los que dieron cuenta de un interés creciente por las formas que asumía la conmemoración de las fechas patrias. De esta manera, si bien se mantendrían las críticas a los elementos militares y religiosos de los actos —destacándose, sobre todo, la hipocresía de los políticos—, se agregaría una inquietud por el carácter instructivo y atrayente que estos podían tener para el pueblo.

En 1919, *La Vanguardia* informaba con detalle sobre los diferentes números del acto oficial, mencionando la procesión cívico-popular y la participación de los *boy scouts* que tuvo lugar el 24 de mayo, para luego detenerse en el desfile de aviones a cargo de pilotos italianos que sobrevolarían la ciudad como saludo al pueblo argentino. Si ese acto merecía el elogio de los socialistas, al día siguiente se criticaría la composición social de la procesión cívica al destacar que «El desfile, que duró dos horas, aproximadamente, ofrecía al espectador la más variable mezcla de elementos sociales. Fuerza es confesar, sin embargo, que estos, en su gran mayoría, pertenecían a clases que no podrían llamarse propiamente populares».⁴⁵

Recién al día siguiente, los socialistas encontraron un acontecimiento digno de elogio en el desfile escolar organizado por el Consejo Nacional de Educación. La participación infantil constituía «una nota simpática y atrayente por la espontaneidad y entusiasmo de los que tomaron parte»,⁴⁶ a la vez que servía como un claro contraste con los actos que habían sido denostados el día anterior. Es así que:

Bajo un cielo engalanado de resplandeciente azul, esa muchedumbre infantil, llenando las calles con la armonía de sus voces, tenía el sugerente encanto de las cosas ingenuas, y confesamos que las estrofas del himno entonadas por esa multitud abigarrada de pequeños ciudadanos, que serán los hombres y las mujeres de mañana, nos han parecido más expresivas y bellas.

No hay duda de que hay una diferencia fundamental entre el sentimiento que movía a los niños a exteriorizar su alegría y ardorosa adhesión a la efeméride de Mayo, y el aparatoso y frío ceremonial de la víspera en que tomaron parte tantos personajes de la burocracia alta y baja.⁴⁷

45 *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1919.

46 *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1919.

47 *Idem*.

El entusiasmo que despertaban este tipo de manifestaciones cuyos «místicos anhelos» resultaban el antídoto perfecto a todo lo que en la procesión cívica había de «falso y simulado», no encontraría, empero, nuevos elementos a los que asociarse en las celebraciones de los años venideros. Al año siguiente, *La Vanguardia* señalaba con resignación y cierta cuota de nostalgia:

Hemos tenido que observar, desencantados, la repetición del viejo ceremonial, sin una innovación que justifique en ellos el pasar de los años. Todo se produce exactamente igual desde que en el país se festejan estos acontecimientos: el tedeum absurdo y antipático, las manifestaciones cívicas, el palabreo insustancial y fácil de los ditirambos patrioterros. [...] antes solía haber equilibrios y juegos de artificio en la vieja plaza de la Victoria, con el consiguiente regocijo del pueblo que acudía al espectáculo; hoy apenas si las luces eléctricas consiguen deslumbrar un momento, para aburrir al fin con su monotonía.⁴⁸

En 1921, se volvía a dedicar un espacio importante a la descripción de los distintos números que componían los actos oficiales y, ante una propuesta similar a la del año anterior, se preguntaban «¿En qué momento puede decirse que el pueblo estuvo presente?».⁴⁹ Esta preocupación por el lugar del pueblo en las fiestas patrias —ya fuera como potencial protagonista o como público de un espectáculo digno de entretener— los llevaría a reivindicar un tiempo pasado de celebraciones aun cuando estas hubiesen tenido cierto tinte carnavalesco, ritual que el PS repudiaba abiertamente.

Ahora bien, hacia 1922 el cuadro oficial de celebraciones incluyó un número que satisfizo tanto la demanda de instrucción como la de deleite exigida por el PS. Para *La Vanguardia*, la introducción de un desfile de rodados había sido,

sin duda alguna, el número más interesante y original de las fiestas conmemorativas realizadas durante el día de ayer. [...] celebrábamos esta ingeniosa innovación introducida al programa monótono y siempre igual a sí mismo que se ha cumplido hasta la fecha [...] No obstante tratarse de un primer ensayo, el desfile atrajo un público numeroso, y fué, prácticamente, un éxito [...] Admiramos también la infinita variedad de ruidos y sonidos generados por las bocinas de los autos. Entre todos, el que nos pareció más aceptable es uno que evoca el silbato grave, ronco de una locomotora [...] En fin, la capital ha presenciado un espectáculo interesante, original e instructivo. El desfile de rodados realizado ayer representa una innovación inteligente en materia

48 *La Vanguardia*, 10 de julio de 1920.

49 *La Vanguardia*, 10 de julio de 1921.

de espectáculos públicos [...] «Construir camiones —decía una leyenda— significa servir a la humanidad». ¿Quién puede dudarlo?⁵⁰

En los años siguientes la cobertura de los actos se mantendría dentro de estas coordenadas: repudio hacia los desfiles militares y el ceremonial «frío» o «burocrático» del Estado y la Iglesia, aunque acompañado de un reconocimiento y elogio a los números que renovaban, según su opinión, el programa festivo, sobre todo cuando estos se ligaban a la técnica y la modernidad como los aviones, autos o juegos de luces. Es así que, en 1925, reivindicaban la iniciativa de Enrique Mouchet —decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata—, quien para el domingo 24 de mayo organizó un acto para niños donde, entre otras cosas, se les presentó una «interesante serie de diapositivas» tendentes a ilustrar el progreso realizado desde 1810.⁵¹

El creciente espacio dedicado a informar minuciosamente sobre los eventos y actividades vinculadas a las efemérides patrias era, sin duda, parte de una disputa por presentar una mayor legitimidad y pertenencia ante tales eventos y hechos históricos, pero también suponía un reconocimiento a la importancia de conmemorar fechas consideradas decisivas para la sociedad y, cada vez más, para el PS. Es así que, aun frente a los aspectos duramente criticados de los actos oficiales, la importancia de que estos tuvieran efectivamente lugar se ubicaría por encima de esos señalamientos.

Esto resultó particularmente visible en 1932 cuando, al hacer mención al acto del centro socialista «Biblioteca Echeverría» de Casilda, *La Vanguardia* denunciaba: «Habiéndose suprimido el tedeum oficial y no organizándose tampoco manifestación cívica, sería este el único acto en que se hablará al pueblo sobre el significado de la magna fecha que se conmemora y sobre los deberes de la hora presente».⁵²

De este modo, es posible observar con el correr de los años que la importancia otorgada por el socialismo a las fechas patrias no haría más que crecer al punto de criticar la ausencia de actos que constituían el blanco habitual del repudio partidario. Hacia los años treinta, este proceso entroncaría, a su vez, con cambios más profundos en la identidad del mismo. Si las modificaciones impulsadas por la Ley Sáenz Peña habían conllevado la introducción de matices políticos y éticos en la interpretación economicista

50 *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1922.

51 *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1925.

52 *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1932.

del pasado revolucionario, esto anticipaba una transformación más general donde se haría ciertamente visible «un cambio de mirada que pasaba de una interpretación económica y social del socialismo a una ética».⁵³

Un conjunto de factores promovió este cambio interpretativo como lo fue la incorporación de numerosos intelectuales reformistas —expulsados de las universidades por la represión uriburista— a un partido que había sufrido una importante fractura en 1927 y la muerte de su máximo líder en 1928. En ese marco, los nuevos integrantes impulsaron una renovación de los tópicos con que se asociaba al socialismo añadiendo elementos éticos y espirituales que provenían de la influencia del arielismo.⁵⁴

Del mismo modo, era testigo de este desplazamiento la conformación de la Alianza Civil para disputar las elecciones presidenciales en 1931 con el binomio Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, la cual «no se fundaba en un análisis en clave social, sino, fundamentalmente, como lo deja ver su nombre, en una apelación cívica opuesta a la dictadura».⁵⁵ Esta alianza —que constituía la primera que hacía el socialismo con fines electorales— también expresaba una apuesta ambiciosa por mejorar los resultados electorales del Partido a nivel del ejecutivo nacional.

En este contexto, la apropiación socialista de las fechas patrias continuaría profundizándose e incorporando elementos que desterrarían definitivamente el reduccionismo economicista con que habían interpretado la gesta independentista en sus años formativos. Es así que en 1935, ante un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo, *La Vanguardia* sintetizaba estos elementos en un artículo que vale la pena citar *in extenso*:

El 25 de mayo de 1810, la generación patricia que forjó nuestra independencia realizó, sin sangre y sin violencia, una revolución que impuso instituciones e ideales que a lo largo de 125 años han demostrado ser los que mejor convienen al espíritu nacional. Y al evocar esos hechos y esos hombres, lo hacemos con el orgullo y la conciencia de quienes nos sabemos dignos herederos de la democrática lección de mayo. Porque, en efecto, se da esta paradoja: los socialistas, que somos acaso los que más silenciosamente rendimos homenaje al 25 de mayo, constituimos, sin ninguna duda, el único movimiento político nacional que interpreta verazmente el significado de aquel acontecimiento y continúa la labor progresista, democrática, de esclarecimiento popular, que anhelaron nuestros primeros próceres. [...]

⁵³ Martínez Mazzola, 2011, 41.

⁵⁴ Sobre las características que asumió el arielismo en el espacio rioplatense, véase Bustelo, 2015.

⁵⁵ *Idem*.

Para nosotros el 25 de mayo no es un pretexto para banquetes, desfiles, discursos y exhibicionismo, sino una etapa importante de la evolución argentina [...] Más eficaz sería recordar las fuerzas sociales, políticas, económicas y culturales que prepararon el ambiente para la independencia y plasmaron los ideales e instituciones de mayo. Porque si nos pusiéramos en esta actitud comprensiva, no agotaríamos el significado de las efemérides de hoy en explosiones de cómodo patriotismo, sino que [...] nos pondríamos al servicio de los mandatos de la generación emancipadora. [...] Cada vez que la regresión absolutista amenaza las conquistas democráticas, surge una generación reivindicadora que endereza el camino de la nación invocando los principios de mayo. [...] Hoy, cuando el país atraviesa nuevamente momentos difíciles, el pensamiento de mayo debe inspirar también nuestra labor. Pensamiento que, repetimos, significó, ante todo, democracia y justicia.⁵⁶

«Espíritu nacional», «labor democrática y progresista» y «nuestros próceres» —apelaciones otrora impensables dentro de los primeros esquemas interpretativos que esgrimieron los socialistas— evidenciaban, pues, una honda transformación en la identidad partidaria, así como una creciente presencia de importantes puntos en común con el imaginario de inspiración liberal sobre el proceso independentista en Argentina. De esta manera, tanto el 25 de mayo como el 9 de julio resultaban cada vez más fechas trascendentes dentro de una tradición que previamente había delimitado su pertenencia al 1.º de mayo, de claro signo obrero e internacionalista.

Aquel mismo año, ante un nuevo aniversario del 9 de julio, los socialistas alegaban lo siguiente:

Celebra la república un nuevo aniversario de la histórica decisión del Congreso de Tucumán, que proclamó a la faz del mundo la independencia argentina, sobreponiéndose a los peligros y dificultades que cerníanse sobre la naciente nacionalidad [...]

El ideal de la emancipación, que reconocía como causa generadora intereses económicos y cuyo origen debe buscarse en la absurda política proteccionista impuesta por la metrópoli [...] tuvo [...] desde el primer instante, una clara y firme finalidad democrática, progresista, igualitaria, que alentaba, como lo reconoce Avellaneda, en el seno del pueblo. [...]

El Congreso de Tucumán, integrado por hombres responsables, comprensibles y austeros [...], cumplió con su deber porque supo afrontar las incertidumbres de una hora aciaga e interpretó el ideal político de Mayo. [...]

Los hombres del Congreso de Tucumán cumplieron, pues, con su deber, y lo hicieron renunciando a la tendencia monárquica que en ellos primaba para responder al ideal de la Revolución y a los sentimientos del pueblo [...] el juramento de 1816 enseñó a los ciudadanos de este país a no retroceder ante la muerte cuando se defiende la libertad.⁵⁷

⁵⁶ *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1935.

⁵⁷ *La Vanguardia*, 9 de julio de 1935.

En consonancia con esta lectura que asociaba la gesta emancipadora a un conjunto amplio de valores centrales para los lineamientos políticos, éticos y morales que asumía el PS, se agregó a las apelaciones al pasado nacional una mayor presencia y reivindicación de aquellas figuras que habían logrado erigirse como próceres de la patria. Si en las lecturas en clave materialista el peso de las acciones individuales era menospreciado, al sumar nuevas dimensiones a la narrativa partidaria, creció la valoración de quienes habían sido los protagonistas más ilustres de aquellos acontecimientos.

Si bien figuras como las de Alberdi, Sarmiento, Echeverría y Rivadavia ya constituían para este momento una apelación y reivindicación consolidada dentro del socialismo, otros personajes del pasado nacional habían tenido, hasta entrada la década de 1930, un lugar significativamente menor.

La que resultó la incorporación más sobresaliente de este proceso fue la de José de San Martín tanto por el lugar minúsculo que había tenido previamente como por la frecuencia con la que se apelaría a su figura hacia finales de la década de 1930, llegándose a incorporar el 17 de agosto dentro de las fechas de significación histórica para el PS. Naturalmente, como ha sido señalado con anterioridad, la apropiación de San Martín sucederá de una forma que lo acercara a los valores partidarios.

De este modo, en la nota titulada «Ideario civil de San Martín», publicada en 1936 en ocasión de un nuevo aniversario de su fallecimiento, *La Vanguardia* afirmaba:

No necesitamos decir cuánto respetamos la austera y noble figura del libertador de tres pueblos, de quien pudo expresar el diputado Repetto [...] hace tres años: «Buscando entre las glorias nacionales, sería difícil encontrar una más legítima y más pura que la de San Martín», que se ha ganado —agregó— la admiración silenciosa de su pueblo por sus virtudes militares, sólo al servicio de la libertad, como administrador escrupuloso y por la ejemplaridad de su vida.

Y por lo mismo que admiramos y respetamos a San Martín, queremos decir que él es para nosotros, ante todo, un héroe civil, una figura que se engrandece a través del tiempo, precisamente, porque lo esencial de su pensamiento y de su labor iba dirigido a consolidar la obra de la revolución y la independencia, a hacer efectivo el ideario emancipador. [...]

Sus combates fueron libertadores [...] Pero a la par que sus acciones de guerra, reveladoras de un genio militar de excepción y de un espíritu de organizador pocas veces igualado, perduran de su acción las directivas civiles, políticas, de respeto a la voluntad del pueblo y el hondo sentido progresista de sus concepciones y de su labor.⁵⁸

58 *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1936.

En un contexto en que la figura del prócer era intensamente disputada por distintos sectores de la política y la cultura argentinas, su caracterización como «héroe civil» y la mención al «hondo sentido progresista de sus concepciones» contribuían a los cuestionamientos —como el efectuado por el opositor radical Ricardo Rojas— a la reactualización del culto a San Martín en clave militar puesta en marcha durante esos años a raíz del protagonismo de las fuerzas armadas;⁵⁹ al tiempo que funcionaban como un hito socialista dentro de la contienda por los rasgos predominantes de su perfil y la importancia de su obra.

Hacia finales de la década de 1930, el proceso a partir del cual el PS concilió su proyecto con numerosos aspectos de la identidad e historia nacionales derivó en el trazado de un panteón que recuperaría un conjunto de figuras estrechamente ligadas a la tradición liberal argentina.⁶⁰ De esta manera, en 1938, durante la conmemoración del 9 de julio, *La Vanguardia* explicitaba justamente ese linaje:

Para los que habitamos el partido de la provincia de Buenos Aires y que lleva el nombre del gran libertador de América [San Martín], desde 1936, al llegar la gloriosa fecha del 9 de Julio, nos sentimos amargados al pensar que no todos los argentinos siguieron los ejemplos de abnegación y desinterés que demostraron tener los próceres como Rivadavia, Belgrano, Moreno, Sarmiento, Alberdi, Juan B. Justo, etcétera, que no sólo pensaron en darnos una patria libre, política, sino que también económicamente.⁶¹

Así pues, además de culminar su genealogía de grandes hombres que lucharon por la independencia y organización de la nación con la figura de Justo, el periódico no olvidaba de insistir que la libertad conseguida gracias a la «abnegación y desinterés» de dichos personajes había sido de naturaleza tanto económica como política y había beneficiado ya no a la burguesía, sino a la totalidad del pueblo argentino.

La reivindicación de las figuras asociadas a la gesta independentista continuaría creciendo en los años siguientes, haciendo énfasis prioritariamente en la figura de San Martín quien pasaría de ser prácticamente ignorado en las décadas anteriores a ocupar el centro de los elogios socialistas. En 1939, *Revista Socialista* —principal publicación teórica del PS en la década de 1930— editaba un escrito donde el héroe oriundo de Yapeyú

59 Véase Cattaruzza, 2007.

60 Aricó, 1999. Martínez Mazzola, 2011.

61 *La Vanguardia*, 9 de julio de 1938.

aparecía asociado a las personalidades más sobresalientes de la Revolución Francesa, afirmando que: «El ideal intrínseco de 1789, la igualdad social, tuvo a Dantón y a Napoleón..., el ideal claro de Mayo, los derechos a la autodeterminación, tuvo a Moreno y a San Martín».⁶²

Al año siguiente, con motivo de un nuevo aniversario de su fallecimiento, *La Vanguardia* publicaba su imagen centrada en la tapa del periódico con una larga semblanza donde destacaba que:

El país recuerda hoy a su primer patricio, al general que, con su arrojo civil y su extraordinario sentido civil —nunca se hablará demasiado sobre el carácter civil de la vida y la obra de este gran hombre— constituye en América una lección permanente. Nunca como ahora, como en estos momentos de inquietud y de angustia, de confusión y acción urgente, es oportuno su recuerdo.

Nosotros queremos recordar, con toda la intensidad de que una sensibilidad humana es capaz, a José de San Martín, héroe y soldado, ciudadano y hombre.⁶³

Esta exaltación del prócer nacional —acompañada de una mayor presencia socialista en los homenajes que se llevaban a cabo en su mausoleo— se combinó con una lectura y celebración del proceso independentista cada vez más emparentada con la efectuada desde la tradición liberal argentina y prácticamente en las antípodas de lo que podía leerse en las páginas partidarias de principios de siglo. Es así que, ante un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo, exclamaban:

Un puñado de patriotas iluminados por un gran ideal, intérpretes del sentir y pensar de un pueblo naciente, emprendió, hace ciento treinta años, la gigantesca tarea de emancipar del yugo del trono español a las Provincias Unidas del Río de la Plata, y constituir las en una Nueva y Gloriosa Nación.⁶⁴

La importancia de esta «gigantesca obra» inspiraba un escrito de exacerbado tono laudatorio, que repasaba distintos hitos de la historia patria asociándolos a alguna de las figuras encumbradas como próceres, cuyo «inmenso trabajo» explicaba «el fervor patriótico y la unción democrática con que rinden culto las generaciones sucesivas a los fundadores de la nacionalidad que nos dieron Patria y Libertad!». ⁶⁵ De esta manera, si en años anteriores los socialistas no dudaban en proclamarse como «los más firmes

⁶² Storni, 1939, 335.

⁶³ *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1940.

⁶⁴ *La Vanguardia*, 25 de mayo de 1940.

⁶⁵ *Idem*.

sostenedores y legítimos herederos», en este momento la grandeza a la que hacían referencia los llevaba a preguntarse:

¿Seremos capaces de conservar tan glorioso patrimonio; de [...] ensancharlo y ahondarlo en el espacio y el tiempo para que “la bandera argentina no sea atada al carro de ningún vencedor”, tal como lo proclamó el insigne Sarmiento en su oración al glorioso símbolo nacional?

En la actual y trágica encrucijada de la Humanidad, cuando la fuerza bruta quiere avasallar a la razón, y el despotismo derrotar a la democracia, hacemos votos fervientes, en este 25 de Mayo, para que el espíritu liberal y democrático de la Revolución de Mayo, nos ilumine y guíe en la hora sombría que vivimos. ¡Seamos dignos herederos y esforzados continuadores de la obra inmortal de los fundadores de la nueva y gloriosa Nación Argentina!⁶⁶

Así, es posible observar que, con la preocupación por el avance del fascismo y el nazismo operando como telón de fondo, la retórica partidaria sobre el pasado nacional no haría más que intensificarse. Además de apropiarse de las personalidades ilustres de aquellos acontecimientos, llamaban la atención sobre el difícil desafío de continuar y estar a la altura de semejante obra en la «hora sombría» que les tocaba enfrentar.

Más allá de que este proceso implicaba ampliar el panteón que el PS estaba dispuesto a reconocer, eso no opacaría la apelación a la personalidad de San Martín que se había vuelto preponderante en los años finales de la década de 1930. Es así que en 1942 no dudaban en proclamarlo como la «figura máxima de nuestra historia» en tanto:

Es la suya, la personalidad militar de la historia argentina que, al propio tiempo, ha definido, en sus palabras y sus procedimientos, con perfecta nitidez, su personalidad civil. San Martín es, esencialmente, el libertador, que, además de brindar a los pueblos citados, el bien máximo de la independencia, supo obrar como hombre de bien, sin egoísmos ni mezquindades, deponiendo toda ambición de mando y de riqueza en beneficio de la confraternidad americana y de la consolidación institucional de su propia patria.⁶⁷

De modo que, en los inicios de la década de 1940, el PS —al tiempo que experimentaba su último gran triunfo electoral en 1942 y se ponían de relieve las primeras señales de agotamiento de su modelo de acción política—⁶⁸ se encontraba íntegra y orgullosamente filiado al pasado nacional.

⁶⁶ *Idem.*

⁶⁷ *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1942.

⁶⁸ Herrera, 2016.

En su intento por adaptarse a las transformaciones de la sociedad y aproximarse a ella, el Partido se lanzó sin vacilaciones, a lo largo de dos décadas, al trazado y consolidación de una narrativa nacional propia capaz de acercarlo al lenguaje que hablaban conjuntos amplios de la sociedad —el cual pasó a formar parte del sentido común socialista— y de legitimar la pertinencia de su proyecto y su acción política; ofreciéndole, a fin de cuentas, un anclaje identitario lo suficientemente sólido, profundo y significativo como para erigirse en una fuerza política de carácter nacional.

Conclusiones

En un trabajo titulado «El pasado en el futuro: historia y las políticas de la identidad», Jonathan Friedman advertía que «construir el pasado es un acto de auto-identificación y debe ser interpretado en su autenticidad, es decir, en términos de la relación existencial entre los sujetos y la constitución de un mundo significativo».⁶⁹ Atento a esta observación, este escrito procuró analizar los modos en que el PS argentino fue vinculándose con y haciéndose de un pasado nacional propio, al tiempo que construía su identidad y revisaba su proyecto y apuestas políticas.

Así pues, en los años inmediatamente posteriores a su formación, la relación del Partido con la historia y los símbolos nacionales se encontró principalmente marcada por el rechazo a las prácticas conmemorativas y la liturgia patriótica promovidas por la «política criolla». Si bien es posible identificar algunos momentos de incipiente interés en ciertos hechos y emblemas fundantes de la nación, todavía prevalecía una retórica internacionalista que anteponía y encumbraba figuras asociadas al movimiento socialista internacional y a una cultura humanista.

Ahora bien, hacia mediados de la década de 1910 al calor de un efusivo clima conmemorativo y tras la sanción de la Ley Sáenz Peña, el socialismo buscó constituirse en un partido político a nivel nacional, empresa que lo fue aproximando cada vez más a la historia y símbolos patrios hasta el punto de empezar a reapropiárselos y disputarlos. Esta transformación, cabe subrayar, no fue en absoluto lineal como lo demuestra la moderación o, incluso, freno a la revisión y reivindicación del imaginario patrio producido

69 Friedman, 1992, 856. Traducción nuestra.

hacia finales de la década de 1910 en el marco de una creciente ofensiva de la derecha nacionalista y una marcada conflictividad social.

Por último, desde principios de la década de 1920 hasta inicios de los años cuarenta, se observa un proceso a partir del cual el PS buscó enraizarse definitivamente en la nación. Esto es, no solo se lanzó a proyectar una narrativa y un panteón nacionales propios, proclamándose el auténtico heredero y continuador de los héroes responsables de contribuir a la liberación política y económica de la patria; sino que también terminó por revisar la clave interpretativa de corte economicista a partir de la cual leía la historia para dar lugar a una mirada muy cercana a aquellas que ubicaban en Mayo el nacimiento de la nación y la proclamación de valores igualitarios y democráticos.

Más allá de que en este proceso puede vislumbrarse una estrategia política por crecer en el contexto local a través de la apropiación, revisión y disputa de ciertos valores e imaginarios hegemónicos, difícilmente esa dimensión instrumental alcance para terminar de asir la experiencia de construcción identitaria que llevó a cabo el Partido a lo largo de casi cuatro décadas. Si efectivamente representar el pasado es un acto de auto-identificación, lo que revelan estos cambios en la lectura de la gesta independentista es el propio proceso por el cual la identidad socialista fue mutando permeada por la cultura y los símbolos patrios dentro de los cuales también estaban inmersos los partidarios de la bandera roja.

En este sentido, el proceso de creciente apropiación y conciliación con los valores más comúnmente asociados al mito de origen de la nación —iniciado a partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña y profundizado en las décadas siguientes— revela el perfil de un actor de la política argentina que, en los tiempos previos a la irrupción del peronismo, intentó mostrarse como un partido de prédica popular que se reconocía y buscaba hundir su raíz en la tradición nacional.

Agradecimientos

Quisiéramos agradecer especialmente a Patricia Lischinsky, bibliotecaria de la Universidad Popular Alejandro Korn, quien con gran generosidad nos permitió el acceso a las fuentes durante la pandemia. Asimismo, agradecemos a los evaluadores anónimos, cuyas observaciones y sugerencias contribuyeron a enriquecer el presente trabajo.

Referencias bibliográficas

- Amorebieta y Vera, María L., «“200 años es una sola vez”: Los discursos y las prácticas conmemorativas de los gobiernos de Argentina, Ecuador, Bolivia y Venezuela durante sus bicentenarios de “independencia” (2009-2011)», tesis de doctorado dirigida por Andrés Bisso, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2019. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1783/te.1783.pdf> [Consultado: 14/08/2021].
- Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Barrancos, Dora, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Becerra, Marina, «¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX», en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2005, 97-121.
- Bertoni, Lilia A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Bisso, Andrés, «*Scouts sin scoutismo*. Los artículos de Ángel M. Giménez y la posición de los socialistas argentinos frente a la institucionalización estatal del scoutismo (1918-1920)», *Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»*, 14, Córdoba, 2014, 203-220.
- Bustelo, Natalia, «Arielismo, Reforma Universitaria y socialismo bolchevique, la revista Ariel (1919-1931)», en Prislei, Leticia (ed.), *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales del siglo XX*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2015, 49-86.
- Callahan, Kevin J., «“Performing inter-nationalism” in Stuttgart in 1907: French and German socialist nationalism and the political culture of an International Socialist Congress», *International Review of Social History*, 45: 1, Cambridge, 2000, 51-87. Disponible en: <https://doi.org/10.1017/S0020859000000031>
- Callahan, Kevin J., *Demonstration culture: European socialism and the Second International, 1889-1914*, Leicester, Troubador Publishing Ltd, 2010.
- Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2005.
- Cattaruzza, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Da Orden, Liliana, «Entre internacionalismo y nacionalismo. El enfoque de la nación en Juan B. Justo», *Estudios Sociales*, 6, Santa Fe, 1994, 55-72. Disponible en: <https://doi.org/10.14409/es.v6i1.2311>
- Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2007.

- Devoto, Fernando, «Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república», en Nun, J. (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, 169-193.
- Dickmann, Adolfo, *El Socialismo y el Principio de la Nacionalidad*, Buenos Aires, Biblioteca Nuevos Tiempos, 1916.
- Friedman, Jonathan, «The past in the future: History and the Politics of Identity», *American Anthropologist*, 94:4, 1992, 837-859. Disponible en: <https://doi.org/10.1525/aa.1992.94.4.02a00040>
- Garguin, Enrique, «La Marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1913», *Sociohistórica, Cuadernos del CISH*, 6, La Plata, 1999, 147-184.
- Geli, Patricio, «La Segunda Internacional y la cuestión de las migraciones», en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2005, 121-144.
- Guimet, Javier, «Tentaciones y prevenciones frente a la cultura de masas. Los socialistas argentinos en el período de entreguerras», tesis de doctorado dirigida por Andrés Bisso, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1582/te.1582.pdf> [Consultado: 17/07/2021].
- Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra: Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Herrera, Carlos, *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Colección Archivos, Imago Mundi, 2016.
- Martínez Mazzola, Ricardo, «Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal», *Papeles de Trabajo*, 5:8, San Martín, 2011, 35-52.
- Martínez Mazzola, Ricardo, «¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la ley Sáenz Peña», *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 6, Buenos Aires, 2015, 53-72. Disponible en: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n6.124>
- Merbilhaá, Margarita, «Patriotismo “sano” o internacionalismo proletario: Ugarte, Justo y La Vanguardia», *Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas*, 15:1, Mendoza, 2013, 11-26.
- Montaldo, Graciela, *Museo del consumo: archivos de la cultura de masas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Palti, Elías J., «La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3, Buenos Aires, 2000, 75-98.
- Piemonte, Victor, «El socialismo europeo en la encrucijada: Debates sobre cuestión nacional y revolución social en la Segunda Internacional», *Trabajos y Comunicaciones*, 41, La Plata, 2015, 1-18.
- Poy, Lucas, «La Segunda Internacional y la cuestión de las migraciones a comienzos del siglo XX», *Izquierdas*, 50, Santiago, 2021, 1-23.

- Reyes, Francisco, «La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912)», *Historia y Política*, 39, Madrid, 2018, 203-234. Disponible en: <https://doi.org/10.18042/hp.39.08>
- Reyes, Francisco, «Las multitudes, la nación y sus símbolos. Las fiestas patrias del radicalismo en los albores de la “República verdadera”», *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, 6:1, Río Cuarto, 2019, 213-241.
- Seras, Sofía, «El culto a los muertos en la construcción de la identidad socialista en la Argentina. Un análisis del semanario *La Vanguardia* (1894-1905)», en *V Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda, 13-15 de mayo, 2015.
- Shumway, Nicolás, *La invención de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1993.
- Sigal, Silvia, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Storni, Gabriel, «San Martín, líder político-guerrero», *Revista Socialista*, 114, Buenos Aires, 1939, 335-341.

Recibido, 30 de noviembre de 2021
Segunda versión, 17 de mayo de 2022
Aceptado, 27 de mayo de 2022